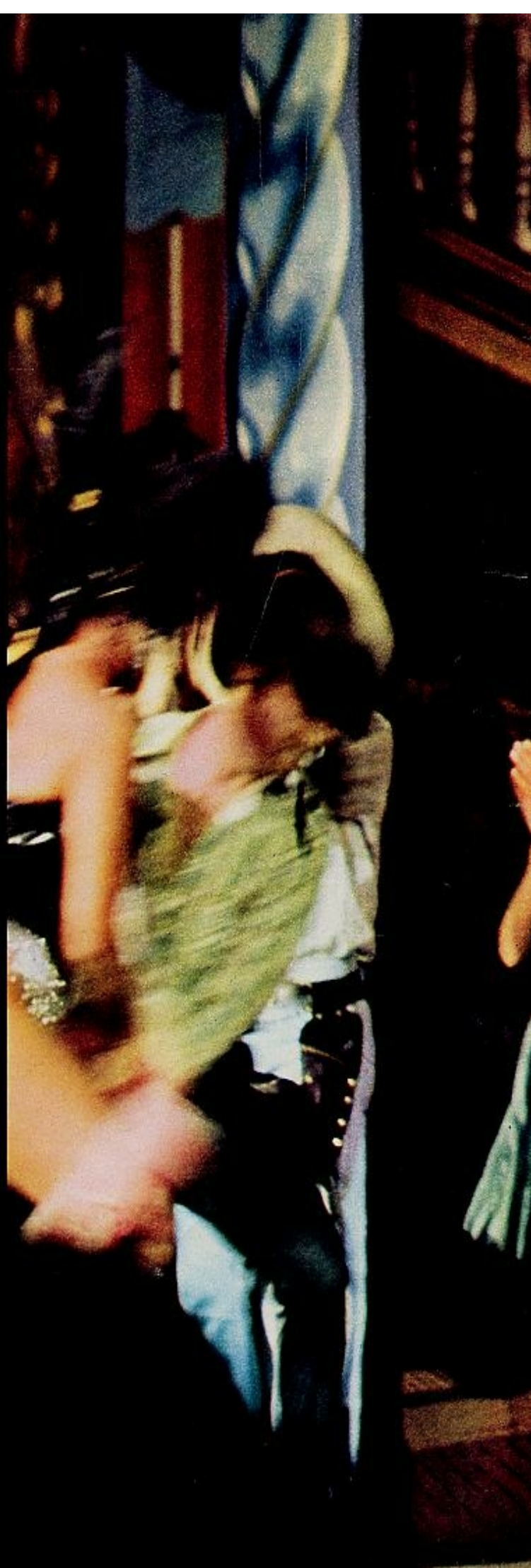


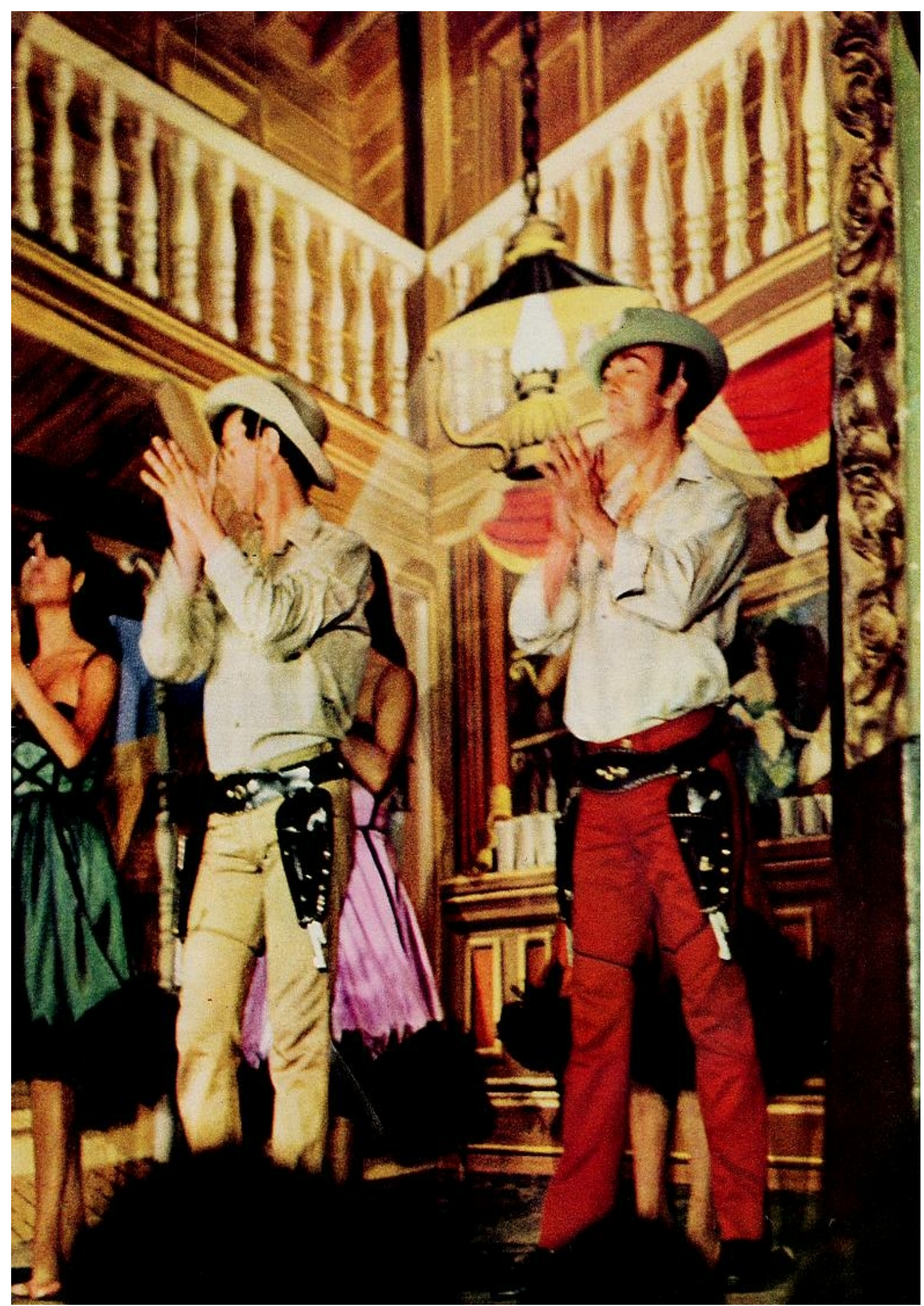


## "BELLE EPOQUE" CON DESCONCHADOS

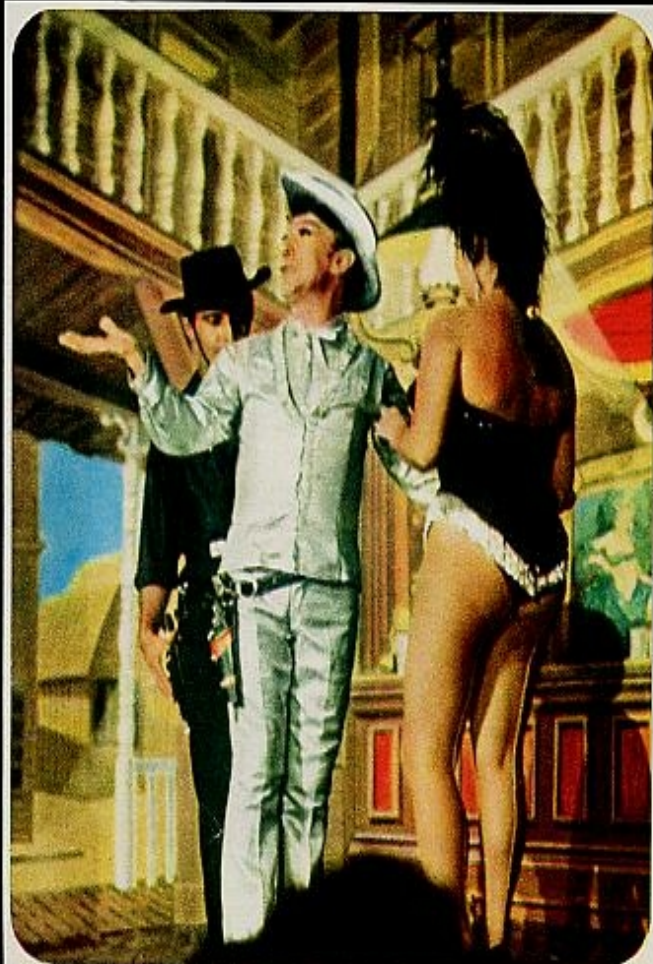
**B**ARCELONA. Rambla de las Flores, Rambla de Capuchinos, Arco del Teatro, con la estatua del gran Pitarrá, el más vigoroso de los talentos iconoclastas del ochocientos. Calle de Escudillers, llena de marineros americanos y muchachitas desasistidas. Por todas partes, cazalla con pasas, floristas ambulantes, guardias a barullo. Y un señor que, por una peseta, deja ver la Luna con un telescopio. New York, Panam's, La Buena Sombra. Al lado izquierdo, bajando por las Ramblas, el Barrio Gótico, conjunto monu-











«Nerón, Nerón, eres un monstruo sin salvación», dice Popea a su marido, encarnado por «el lindo» Jhonsón, una de las figuras más populares del Molino, que, en distintas caracterizaciones, prodiga sus actuaciones en el espectáculo...





# EL MOLINO

mental resucitado por los prohombres del siglo XX. Al lado derecho, el Barrio Chino —nombre inventado por el periodista Angel Marsá—, con su leyenda de vida galante y puñalada trapera. Que nadie olvide visitar, en el Barrio Chino y sus inmediaciones, el Pastis d'en Quimet, el más humano de los tugurios; Copacabana, con la gracia de Rosalinda; la Bodega Bohemia, donde «Oh, Gran Gilbert» evoca todas las noches las glorias de Raquel; para los curiosos, la calle de Robadors y la calle de las Tapias —izas, rabizas y colipoterras— y, entrando por Conde del Asalto, el Paralelo.

El Barrio Chino y, especialmente, el Paralelo, no es sino una sombra de su antigua gloria. Pero antes de que la especulación de terrenos, los urbanizadores, el comercio y los nuevos hábitos amorosos integren esta parte de la ciudad en su seriedad fabril y profiláctica, quiero «anotar en mi cartera» su gracia única, sin rival en el continente europeo. Quedan en efecto todavía algunos de los teatros que vieron los grandes

acontecimientos del vodevil catalán y por los que pasaron artistas de tanto peso específico como Raquel Meller, José Santpere, Toresky y el prodigioso Alady. Queda, sobre todo, el Molino.

«El espacio es ideal, no sé si es de angustia vital». En el escenario hay un decorado que tiene reminiscencias de pintura abstracta, con enormes manchas de *rouge* en forma de labios. Se sienta uno en butaca de madera, dentro de la sala de paredes de color verde desenchado, con ribetes en oro y una teoría de estrellas multicolores. El teatrillo, que tiene platea y dos pisos de palcos, es una mezcla de Vieux Colombier parisino y Sala de Centro Cultural y Recreativo de ciudad española de provincias. Esto, y el desenchado de sus muros, es lo que le da su tono entrañable, su carácter de viejo amigo. Del respaldo de la butaca de delante sobresale una especie de mínimo pupitre que parece de colegio barato. Pedimos «champany blanc» y el camarero nos trae una gaseosa con una pajita de plástico.

He visto recientemente en el Molino la obra «Vaya primo», que es la historia de un marido que, de regreso de un viaje, encuentra en su casa, pasando unos días, a un primo suyo que él no recuerda, pero que, según asegura la mujer, es verdaderamente su primo. Este primo, que se llama Armandín, finge estar enfermo, el muy tuno, con el propósito de recibir los cuidados de la mujer, que sale a escena algo ligera de ropa. Armandín piropea a la mujer delante del marido, diciendo: «¿Sabes que eres muy mona, y que estás muy guapetona?». Vislumbramos la tragedia y ella, acosada por el pérfido Armandín, se rinde pronto a sus vehementes protestas. El marido, que tiene ya la mosca detrás de la oreja, se deja sin embargo convencer por los adúlteros y les permite ocupar la habitación matrimonial hasta que Armandín se reponga, ya que necesita vitalmente de los cuidados de la mujer. Al dar su asentimiento, el marido hace expresivos movimientos de cabeza que ponen de relieve su condición. Más tarde, alertado

por una gitana, descubre el entuerto y es presa de terribles dudas morales. El público vociferaba profiriendo los calificativos adecuados, y el batería de la orquesta hace resonar un cencerro.

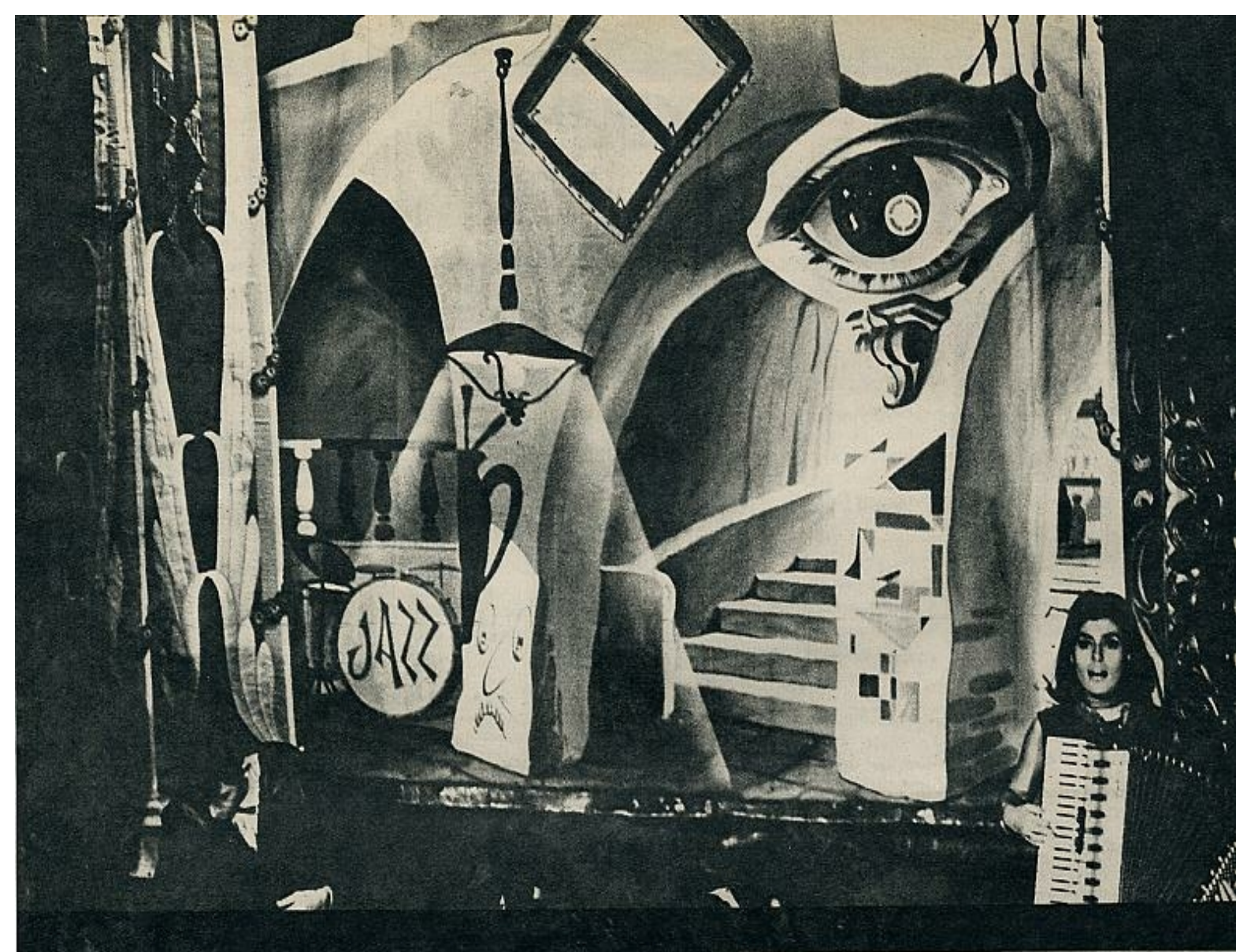
La gitana le dice al marido que si mata a Armandín morirá él igualmente. Renuncia a su propósito y consiente la iniquidad de su mujer, diciéndole simplemente en una ocasión: «Mala mujer, Mesalina, a la cocina». Armandín va mejorando y salen las doctoras vestidas con minifalda y cantando: «Véngase conmigo y verá, — que el amor no tiene radiactividad».

Al poco rato vuelve la gitana para decirle al marido que se ha equivocado al echar la buena ventura y que si no mata a su primo morirá él irremisiblemente. El marido se lo agradece y premia su honradez con unos versos que tienen mucho de poesía social, pues hacen referencia al problema de la integración de los inmigrantes en la sociedad catalana: «Te quiero, Faraona, porque tu padre es del Betis, tu madre del Bar-

→







## EL MOLINO

celona». Volviéndose después al público, el ultrajado marido grita: «Sujétame, que los mato, — me cargo hasta el gato». La gitana aprovecha entonces la ocasión para cantar una canción flamenca, pero de flamenco malo, y un intelectual sofisticado, que ha ido al Molino para ver cómo se divierte el pueblo, murmura por lo bajo al escuchar la españolada: «Esto aquí no pega. Seguro que es una imposición del Ministerio».

A todo esto sale Nerón, que encarna el maravilloso Jhonson, acompañado de Popea. Naturalmente, Nerón toca la lira y decide incendiar Roma. Popea trata de impedirlo diciendo: «Ay, Nerón, que no tienes corazón». Discuten. El dice: «Popea, Popea, Popea, cada día estás más fea». Y ella: «Nerón, Nerón, Nerón, eres un monstruo sin salvación». Y más tarde: «No te enfades, guapo, que pones cara de sapo». Es entonces cuando el emperador, como si fuera un industrial de Sabadell lógicamente enfurecido, le gri-

ta a su esposa: «¡Mercedes!». Ella baja la cabeza y Roma arde bellamente mientras Nerón toca la lira.

Armandín se ha vuelto de pronto un valiente y se va al Oeste americano en busca de aventuras. Por si hubiera alguien que quisiera oponerse a su indiscutible dominio, exclama: «Si alguno de los presentes — tiene ganas de camorra, — además de quedarse sin dientes, — tendrá el entierro de gorra». El público grita entusiasmado y las chicas del Saloon comentan: «¡Cómo se está poniendo el Oeste!». Armandín se crece por momentos y les grita a los vaqueros, que son unos muchachos un poco raros: «¡Cobardes!».

Las muchachas del conjunto no han dejado de cantar entre cuadro y cuadro. «Tengo que darme una ducha, — para refrescarme hoy, — pues mi novio me ha dejado, — loco, loco el corazón». Preparan la aparición en escena de la gran supervedette Mary Mistral, que, nada

más salir, canta aquello de: «Yo soy sexi, — yo soy sexi, — qué culpa tengo, — de haber nacido así». Adelantándose a las bambalinas, canta una canción en la que dice que ella tiene una joyería y va a mostrar todas sus joyas. El público se pone en pie, arbatado. Mary Mistral es una actriz de gran talla. Con una voz enormemente sugerente y personal repite el estribillo que asegura que en su tienda: «No me falta un asiento, para quien sea más señor».

Lo extraordinario del Molino es que el público participa activamente en la representación. No se trata de un público que pudiéramos llamar «turístico» en el sentido amplio del término. Es un público auténtico, genuino. El tendero con su señora, el soltero calavera (al que suele llamarse «tronera») que trabaja en una oficina, el ebanista artesano, el obrero especializado, el viajante de la pequeña industria, el inmigrante aposentado, el soldado que hace

la «mili» en Barcelona, llenan la platea del teatro, mientras los palcos están ocupados por los señorones habituales y por los garbanzos negros de buena familia. Pero el público no se limita a «estar» allí. Interviene, participa. La expresión y los gestos de los que van pronto para ocupar la primera fila de butacas, son más divertidos que el espectáculo mismo. Las actrices hablan con la gente, como en una casa particular. Si uno se marcha en medio de la actuación ella grita: «¿A dónde vas, hombre?» El otro hace un vago gesto enseñando el reloj y la gente se ríe a carcajadas. A una señora le dice: «Su marido me guiña el ojo. Mañana vendrá solo». La señora se muere de risa, olvidando por un momento su solemne compostura de esposa honrada. A un jovencito que la miraba con ojos como platos desde la primera fila, le decía Gardenia Pulido, otra gran vedette a quien vi en el Molino hace algún tiempo: «¡Este es nuevo





en la plaza! Ya te acostumbrarás, hombre...» A la misma Gardenia Pulido tuve ocasión de admirarla en un alarde de repentización. Alguien desde un palco le lanzó una inconveniencia, o mejor, insulto, que fácilmente puede imaginar el lector. Ella, sin inmutarse, interrumpió el cuplé y gritó: «Calla, niño. Deja trabajar a tu madre». Fue la apoteosis.

La apoteosis final en el Molino es una reminiscencia de la Belle Epoque. Toda la compañía desfila ante la admiración del público, con la misma amable actitud y candoroso regocijo que si, desde 1914 a esta parte, no hubiera sucedido nada. Los actores, con sus chaqués rutilantes en plata y oro. Las vedettes, con sus enormes plumeros multicolores. Y se despiden del público, que aplaude el final de una época, cantando: «Lluvia de estrellas. —¡es sensacional!, —nunca se vio nada igual...». ■ **LUIS CARRANDELL.**



El público del Molino participa activamente en la representación. No es un público amorfo, turístico, sino que aplaude a las figuras de siempre, a los decorados nuevos, mientras consume con toda seriedad su «champany blanco», alias gaseosa.